

HOMILIA MONS. RAFAEL ZORNOZA EN LA MISA CRISMAL. CEUTA. Lunes Santo de 2023

Hermanos todos, Pueblo Santo de Dios, pueblo sacerdotal:

Demos gracias al Señor por congregarnos hoy como Iglesia diocesana de Ceuta para celebrar esta solemne Misa Crismal, celebración profundamente eclesial, sacramental y sacerdotal. En comunión con la Iglesia universal, nos hemos congregado en esta catedral como Pueblo Santo de Dios, asamblea sacerdotal por el bautismo y el orden, en torno al obispo, principio y fundamento de la unidad y de la comunión en la Iglesia particular, para hacer visible la sacramentalidad y la comunión de la única Iglesia de Jesucristo. Agradezco vuestra presencia, en especial la de todos los sacerdotes, en este día especialmente significativo para nosotros, y la de los consagrados y laicos que han acudido. El Señor os bendiga a todos y también a quienes no pueden estar pero se unen a nosotros en la oración.

Como sabemos, desde muy antiguo, en la tradición litúrgica latina, esta Misa Crismal tiene como finalidad bendecir los óleos de los catecúmenos y de enfermos, y consagrar el santo crisma. En otras palabras, se trata de preparar los sacramentos para la Pascua, pues precisamente los sacramentos brotan del misterio pascual de Cristo para santificación de su Iglesia. El obispo, como sumo sacerdote de la Iglesia particular, realiza y preside esta gran acción sacerdotal para bien de todo el pueblo santo conformado por los bautizados. Por ello, esta Misa Crismal tiene un carácter esencialmente bautismal y sacerdotal, pues en la Iglesia todos somos sacerdotes por el bautismo: todos por el sacerdocio común de los fieles, y algunos pocos llamados al sacerdocio ministerial, para actuar en la persona de Cristo para bien y santificación del pueblo de Dios. Por tanto, íntimamente unidos, damos gracias a Dios pues, como hemos escuchado en el Apocalipsis, "Cristo nos ha hecho reino de sacerdotes para Dios su Padre" (1, 5-8).

Deseamos y esperamos que esta Misa Crismal sea para nosotros un momento de gracia para vivir, con la ayuda de Dios, una esperanza renovada y continuar alegre y generosamente nuestra misión en la Iglesia y en el mundo como ungidos, como "*otros Cristos*". Como bautizados, ungidos del Señor, sacerdotes y servidores todos, estamos llamados a llevar esperanza, a ser testigos de la buena noticia, a asumir el compromiso de animar desde la Palabra de Dios y a confiar en el Señor como personas de fe que somos. Dios nos ayuda y fortalece hoy y espera un impulso de esfuerzo y compromiso de todos, que nos haga más auténticos cristianos, signos y testigos de la fe, esperanza y caridad en medio del mundo. Como Iglesia, comunidad de hermanos y Cuerpo de Cristo, nos sentimos solidarios y cercanos a todos los que sufren y a cuantos desean el consuelo de Dios. Hoy recordamos, especialmente, a los que pasan necesidad en el cuerpo o en el alma, a los enfermos, a todos los que sufren.

La Palabra de Dios que hemos escuchado sale a nuestro encuentro y nos hace tomar conciencia de quiénes somos en la Iglesia y cómo hemos de vivir y actuar en la comunidad eclesial en medio de las dificultades del mundo, en sus penurias y guerras, en sus fragilidades y desamparos. Por el bautismo, que nos ha consagrado y hecho sacerdotes, profetas y miembros de una comunidad de fe, somos ungidos para vivir y actuar como Dios dispone:

1º - Vivamos y actuemos como verdaderos ungidos del Señor:

El bautizado –sacerdote, profeta y miembro de la comunidad– es un verdadero consagrado de Dios al servicio de la Iglesia y del mundo. Lo son los laicos con su propia vocación y dignidad, y, de modo particular, los ordenados que servimos en el sacerdocio actuando ministerialmente. Ungidos, marcados y sellados por el Espíritu Santo para servir y hacer el bien. Por ello, experimentamos en nosotros lo que decía el profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido” (Is 61,1).

Hermanos: somos ungidos como el Ungido por excelencia, Cristo Jesús, que se presenta en la sinagoga de Nazaret y muestra que se cumplen en Él las Escrituras y promesas mesiánicas, como hemos escuchado en Evangelio (Lc 4, 16-21). Como configurado con Cristo, el bautizado es un *cristificado*. ¡Qué dignidad y grandeza la de los ungidos del Señor por el bautismo y el sacramento del orden! Por tanto hemos de vivir y actuar en medio de la Iglesia y del mundo como consagrados, como signos de la presencia de Cristo, Ungido del Padre. Es todo lo contrario a la mundanidad y al paganismo, a la falsedad de una libertad entendida como felicidad lejos de la voluntad de Dios, sin seguimiento de Cristo, sin fe. No podemos vivir *etsi Christus non daretur*, como si Cristo no existiese. El Señor es cabeza y piedra angular de la comunidad eclesial, y nosotros somos su imágenes y presencia en medio de ella.

2º - Vivamos y actuemos como verdaderos testigos del Señor:

Acabamos de pedir en la oración colecta de esta Misa: “... concede a quienes participamos ya de su consagración (la de Cristo) que seamos testigos de su obra redentora en el mundo”. Hermanos laicos y sacerdotes, he aquí nuestra identidad y misión en la Iglesia: ser testigos de Cristo, dar testimonio de Él en el mundo, y no de cualquier forma, sino de su misterio redentor en favor nuestro y de la humanidad.

La misión de la Iglesia no es simplemente una acción social más; su misión es santa, de salvación y redención, y tiene como objetivo llevarnos y llevar a los hombres al cielo, a la vida eterna. Esta es nuestra meta, nuestro trabajo y nuestro objetivo pastoral; por ello, el autor del Apocalipsis, en la segunda lectura, nos desea “gracia y paz, de parte de Jesucristo, el testigo fiel, primogénito y soberano (...) que nos purificó con su sangre”, es decir, del testigo fiel del Padre que ha venido para salvarnos por su misterio pascual. El mártir es el testigo del Señor por excelencia. Hermanos, de esto es lo que tenemos que hablar en la Iglesia y dar testimonio

siempre: Cristo, que ha sido el testigo eminente del Padre, ha entregado su vida en la cruz por nosotros, nos ha redimido de la muerte y el pecado. Lo más necesario y decisivo de la evangelización es la reconciliación con Dios, la conversión de los pecados y la filiación divina. De este don sagrado brota la coherencia de vida evangélica, la caridad con los necesitados, la labor social y la caridad política para transformar el mundo entregando la propia vida. No escondamos a Cristo, no dejemos de hacer el primer anuncio ni mostrar nuestro seguimiento como discípulos de Jesús, no desertemos de la obra de la redención.

3º - Vivamos y actuemos como verdaderos enviados del Señor:

Enviados, ¿a qué y a dónde? Muy claro lo dice el profeta en la primera lectura y Jesús en el evangelio: "... para anunciar la buena noticia a los pobres, a curar los corazones quebrantados, a proclamar el perdón a los cautivos, la libertad a los prisioneros, y a pregonar el año de gracia del Señor". ¡Cuántos de los viven sin sentido y sin rumbo nos están esperando! ¡cuánto pesimismo y derrotismo hay en torno nuestro, cuanta desesperación en jóvenes y adultos, empachados de bienes, actividades, pretensiones de placer, pero hambrientos de verdad y de bien! No podemos obviar cómo trata de imponerse a ultranza una cultura de la muerte en contra de la vida, desde su inicio hasta su fin natural. ¡Cuántos viven como si Dios no existiese, sin valores ni convicciones trascendentes, sin principios morales que les ayuden a encontrar la verdadera libertad y la auténtica realización!

A todas estas personas, lugares y situaciones somos enviados para anunciar con palabra y obras la buena noticia del evangelio, la salvación de la vida y cielo como meta final que esperamos alcanzar. Si somos enviados, esto quiere decir que no nos podemos quedar inmóviles, tranquilos y conformes en nuestras seguridades, y haciendo siempre lo mismo por infructuoso que sea. Necesitamos la pasión misionera de los enviados con el fuego del Espíritu, la pasión del evangelio y el celo por la salvación de las almas, de lo cual parece a veces que nos hemos olvidado, o al menos evitamos afrontar. Pero hemos sido ungidos y enviados para ser auténticos testigos de vida eterna con verdadera parresia evangélica. "¿A quién enviaré?" –decía Dios al profeta–; "aquí estoy, envíame" (Is 6,8). Aceptemos la misión que va unida a la vocación de discípulos y apóstoles del Señor. Renovemos nuestra disponibilidad ofreciéndonos de nuevo hoy.

Queridos hermanos todos: que el mensaje de la Palabra de Dios y el significado tan particular de esta Misa Crismal nos impulsen a vivir fieles a nuestra vocación con verdadera conciencia de quiénes somos y cómo hemos de vivir y actuar en el momento actual que vivimos en la Iglesia y en el mundo. Y demos gracias a Dios ¡Cuántas gracias hemos de darle por tantos consagrados y laicos que hacen realmente presente su amor a Cristo, su caridad cristiana y su compromiso por llevar a Cristo y el Evangelio en medio de las realidades que vive la sociedad! Gracias a cuantos muestran el rostro de Dios a los necesitados, enfermos,

emigrantes; o a los adolescentes y jóvenes que buscan, o cuidan a los mayores. Gracias por cuantos lucháis por una sociedad mejor según el deseo de Dios.

4º - Vivamos como sacerdotes ordenados, ministros del Señor

Me dirijo ahora a vosotros, queridos sacerdotes. Conscientes de que verdaderamente somos “*otros Cristos*”, vivamos con alegría, generosidad, compromiso, con profunda espiritualidad y auténtica caridad pastoral nuestro santo ministerio; para eso renovamos hoy las promesas sacerdotales hechas el día de la ordenación. También quiero agradecer vuestra fidelidad, servicio, entrega y colaboración como ministros de la Iglesia diocesana a la que amamos y servimos de corazón. Recordemos hoy más concretamente y con mayor gratitud, a los sacerdotes ancianos y enfermos que han gastado su vida al servicio de Dios.

Antes de renovar nuestras promesas recordemos que, a pesar de nuestras fatigas, nuestros fallos y pecados, Dios es fiel. Quien nos llamó la primera vez sigue llamándonos hoy. Digámosle hoy otra vez *fiat*, hágase, cuenta conmigo sin reservas, me entrego a ti y a la misión que me encomiendas de todo corazón. Recordemos que, si este pueblo santo y sacerdotal que es la Iglesia vive y actúa en virtud de la Eucaristía, fuente y cumbre de toda vida cristiana, nuestra vida sacerdotal tiene una especial “*forma eucarística*”. En nuestra ordenación escuchamos: “*Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor*”. Pues bien, pidamos que se prolongue en nosotros cada día más esa “*forma eucarística*”. De este modo, apoyados en la oración de todo el pueblo de Dios, digámosle que queremos vivir “*eucaristizados*”, y pidámosle:

- Una existencia profundamente agradecida, vivir en acción de gracias.
- Una existencia entregada, poniéndonos siempre a disposición del amor de Dios.
- Una existencia salvada para salvar a los demás, en actitud oblativa.
- Una existencia donde resuene el “*haced esto en memoria mía*”, es decir, asumiendo una espiritualidad de la memoria que recuerde a todos una historia de llamada, una alianza plena con el Señor, una historia bendecida y consagrada.
- Una existencia transfigurada por la caridad pastoral para servir con amor.
- Pidamos el don de la *communio*: la Eucaristía crea comunión y educa para ella, más fuerte que las opiniones, incomprensiones o humillaciones.
Congregavi nos in unum Christi amor.
- Una existencia de “*eucaristía aprendida*”, como María que escucha, contempla y adora, siempre dando gracias y bendiciendo la grandeza del Señor.

Hermanos todos: que este Pueblo Santo de Dios, pueblo sacerdotal, con el alimento y la fuerza del Cuerpo y la Sangre de Cristo, el Ungido y Testigo fiel, siga

adelante y viva su misión eclesial, testimonial, evangelizadora y misionera, para gloria de Dios, bien de la Iglesia y salvación del mundo. AMÉN.